

NEW LEFT REVIEW 95

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2015

	ARTÍCULO
WOLFGANG STREECK	¿Por qué el euro divide a Europa?
	NUEVAS MASAS
ZHANNA ANDREASYAN y GEORGI DERLUGUIAN	Protestas por el precio del combustible en Armenia
DANIEL FINN	Las guerras del agua en Irlanda
	ARTÍCULOS
PAIK NAK-CHUNG	El doble proyecto de la modernidad
FREDRIC JAMESON	Una relectura de <i>Vida y destino</i>
CLAUDIO MAGRIS	La novela como criptograma
	CRÍTICA
DYLAN RILEY	¿La propiedad guiando al pueblo?
EMILIE BICKERTON	<i>Just Remember This</i>
TONY WOOD	Las vidas de Dzhughashvili
ROBIN BLACKBURN	Oro blanco, trabajadores negros

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Stephen Kotkin, *Stalin, vol. 1: Paradoxes of Power, 1878-1928*, Londres, Allen Lane, 2014, 950 pp.

Oleg Khlevniuk, *Stalin: New Biography of a Dictator*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2015, 408 pp.

TONY WOOD

LAS VIDAS DE DZHUGASHVILI¹

Entre las figuras históricas que han personificado el poder de Rusia en la escena mundial, pocas como Stalin han ejercido una atracción tan fuerte sobre el imaginario popular, tanto en el interior del país como más allá de sus fronteras. Durante gran parte del siglo XX, su nombre fue virtualmente sinónimo del propio sistema soviético y sigue siendo difícil separar la valoración de su personalidad y su papel individual de la cuestión de la posición de Rusia en el mundo. Desde su muerte en 1953, una serie de paradigmas para interpretar al hombre y al sistema que llevaba su nombre han prevalecido, siendo sucesivamente los protagonistas de una controversia política intensa. Gran parte del análisis académico occidental durante la época álgida de la Guerra Fría adoptó el modelo *totalitario*, atribuyendo al Estado soviético y a Stalin de manera personal la capacidad de alcanzar y ejercer la dictadura sobre todos los ámbitos de la vida. Los supuestos de esta ortodoxia fueron socavados en primer lugar por el deshielo jrushchovita y después, a partir de la década de 1970, descartados debido a la influencia de la historia social, cuando los investigadores utilizaron los archivos soviéticos para explorar el funcionamiento del estalinismo desde su propia base. Esta primera ola de «revisionismo» estudió las experiencias en las fábricas, en la vida diaria y, especialmente a partir de la década de 1980, en la esfera de la cultura, llegando a la conclusión de que se trataba de un sistema mucho menos monolítico, que incluía una participación y una discusión desde abajo más popular de lo que previamente se había supuesto. Uno de los principales efectos de estos análisis fue redimensionar el

papel de Stalin, concentrando la atención sobre un contexto social más amplio y sobre los sustentos del régimen.

Mientras tanto, en la URSS, la *glasnost* sacó a la luz un maremágnum de revelaciones archivadas que de nuevo convirtieron a Stalin y a su legado en objeto de doloroso escrutinio: de ahí la evidente resonancia alegórica de la película de 1987 de Tengiz Abuladze, *El arrepentimiento*, en la que el cadáver del tirano de una pequeña ciudad es desenterrado misteriosamente una y otra vez. La obra *Stalin: Triumph and Tragedy* de Dmitri Volkogonov fue un hito del nuevo consenso condenatorio. Aunque fue acabada a principios de la década de 1980, no pudo publicarse hasta 1989. La disponibilidad creciente de los materiales de los archivos soviéticos coincidió con un acusado giro a la derecha, tanto en Rusia como en Occidente, que produjo un diluvio de denuncias no solo del estalinismo, sino del comunismo o del izquierdismo *tout court*. Después de 1991, la tendencia a considerar los crímenes de Stalin como la verdad definitiva de la idea socialista se hizo todavía más evidente, dando un nuevo impulso al modelo *totalitario*. A lo largo de las décadas de 1990 y 2000, los soviétólogos siguieron diversos enfoques teóricos y abrieron nuevas áreas: Foucault, Bourdieu, Geertz, Bajtin; etnicidad y nacionalidad, zonas fronterizas, rituales y festivos, «mentalidades». Pero en Occidente el propio Stalin continuó siendo considerado de acuerdo con los términos de la derecha triunfadora de la Guerra Fría. Las obras biográficas principales en inglés del periodo postsoviético: desde *Breaker of Nations* (1991), de Robert Conquest, hasta *Stalin* (2004), de Robert Service, pasando por *La corte del zar rojo* (2004) y *Llamadme Stalin* (2007), de Simon Sebag Montefiore suscribían sin duda la línea oficial.

En Rusia, por el contrario, después de 2000, la ola de obras de denuncia de la época de Yeltsin sobre Stalin comenzó a ceder ante un flujo crecientemente prolífico de justificaciones de su mandato, dirigidas principalmente a un público popular. Una muestra de títulos de 2013 incluye *Stalin: Era of Achievements and Victories*, *The Great Stalin: Manager of the 20th Century* y *Stalin Without Lies: An Antidote to the 'Liberal' Infection*. Los analistas occidentales y los liberales rusos llevan mucho tiempo preocupados por los datos de las encuestas, que muestran claramente la reticencia pública postsoviética a censurar al dictador, mostrando en su lugar una mezcla contradictoria de condena y respeto. Aquí, como en otras esferas, parece existir una profunda separación entre las actitudes que prevalecen en Rusia y en Occidente. La brecha entre las dos se ha ampliado debido a la crisis de Ucrania, al enfrentarse un nacionalismo punzante en el Este con una retórica que revive la Guerra Fría cada vez más virulenta en Occidente. No es nada sorprendente, por lo tanto, que este momento produzca dos intentos contrapuestos de enfrentarse a la vida y al legado de Stalin, uno proveniente de Estados Unidos y el otro de Rusia.

A pesar de compartir protagonista, *Stalin, vol. I: Paradoxes of Power*, de Stephen Kotkin, y *Stalin: New Biography of a Dictator*, de Oleg Khlevniuk, se diferencian notablemente, no solo por su escala y naturaleza, sino también por sus objetivos intelectuales y políticos. El tomo de Kotkin, que aporta cerca de mil páginas y se ocupa del periodo desde el nacimiento de Stalin a la víspera de la industrialización soviética, es la primera de tres entregas, con otros dos volúmenes programados para 2016 y 2019. De forma un tanto descorazonadora, nos informa al comienzo que este ambicioso proyecto «fue idea de mi agente literario», «cuya visión del mercado es legendaria». Pero Kotkin, uno de los principales soviétólogos estadounidenses, posee una larga trayectoria personal en este tema. Nacido en 1959, estudió en la década de 1980 en Berkeley con Martin Malia, adalid de la Guerra Fría. Su primer libro, *Steeltown, USSR* (1991), ofrecía un relato minucioso de la *perestroika* en Magnitogorsk, capital de una zona desindustrializada desde la que Kotkin llegó a comprender tanto los últimos días del comunismo como el pasado soviético. En *Magnetic Mountain* (1997) defendió que Magnitogorsk personificaba todas las aspiraciones utópicas y los horrores del estalinismo, no solo como un sistema de dominio político, sino como un conjunto perdurable de estructuras sociales y discursos ideológicos; el subtítulo del libro es «El estalinismo como civilización». Desde el cambio de siglo, Kotkin se ha centrado en la historia más reciente: *Armageddon Averted, 1970-2000* (2001), un denso relato del colapso de la URSS, que defiende que el abandono de la última élite soviética del partido-Estado y la canibalización de la economía planificada fue lo que aceleró su desaparición conjunta. En *Uncivil Society* (2009), coescrita con Jan Gross, destaca una vez más el papel crucial de la élite en provocar la implosión del sistema en Europa del Este. La producción de Kotkin incluye también la edición de volúmenes sobre Rusia y Mongolia, un torrente de artículos para *The New Republic* y artículos de opinión para *The New York Times*, junto con análisis estratégicos para el Departamento de Estado y las Fundaciones Soros y Ford.

Khlevniuk, un destacado experto ruso en los archivos de la era de Stalin, es un académico bastante diferente, con un perfil mucho menos público que el de Kotkin. Curiosamente, es contemporáneo de Kotkin, habiendo nacido en 1959 en Vinnitsa, Ucrania. Educado allí y en el Instituto Histórico de la Academia de Ciencias de Moscú, pertenece a la primera generación de académicos que analizó los archivos del Comité Central del PCUS en la década de 1980. Su primer libro sobre la Gran Purga de 1937 fue enviado a la imprenta a finales de 1991, pero se publicó cuando la Unión Soviética había dejado de existir. Le siguieron obras sobre Stalin y Ordzhonikidze (1993) y sobre el Politburó en la década de 1930 (1996), basadas de nuevo en archivos del partido ya transferidos al Archivo Presidencial de Yeltsin. Khlevniuk publicó después *History of the Gulags* (2004), documentada meticulosamente, y dos

retratos del círculo íntimo de Stalin, *Cold Peace* (2004, con Yoram Gorlizki) y *Master of the House* (2008). Como «principal especialista» del archivo estatal de la Federación Rusa, ha participado también en publicaciones académicas de las transcripciones de las reuniones del Politburó de 1923 a 1929 y de la correspondencia de Stalin con Kaganovich y Molotov.

Stalin: New Biography of a Dictator cubre en sus cien primeras páginas el mismo periodo cronológico de Kotkin, lo que da una idea de su relativa concisión. El libro sigue dos líneas argumentales paralelas: los capítulos de narrativa cronológica se intercalan con paréntesis temáticos más breves que se centran en el momento de la muerte de Stalin para volver sobre diferentes aspectos de su vida y del sistema que creó. Tanto aquí como en su obra anterior, Khlevniuk rechaza el énfasis otorgado en algunos relatos revisionistas a la naturaleza descentralizada, de abajo a arriba, del Terror. Por el contrario, encuentra huellas de la mano controladora de Stalin en todo el derramamiento de sangre y el rasgo específico del partido-Estado que gobernó (diferente del de la década de 1920 o del que emergió tras 1953) fue la concentración de poder en manos de un solo hombre. El libro de Khlevniuk, que aparece simultáneamente en ruso y en inglés, está diseñado principalmente para proporcionar una alternativa a dos géneros de biografía de Stalin que se han extendido mucho en Rusia desde la década de 1980: por un lado, la «revelación de archivos», iniciada por Volkogonov y el autor de teatro Edvard Radzinsky (1996), y, por otro, la «apología pseudoacadémica», obras que según él «citan principalmente fuentes inventadas o malinterpretan sin pudor las fuentes auténticas». Khlevniuk pretende proporcionar un relato equilibrado del tema, ciñéndose a los registros documentales e incluyendo una gran profusión de materiales procedentes de nuevas fuentes: borradores originales de los escritos y discursos de Stalin, su correspondencia con miembros del Politburó, registros de los visitantes a su oficina en el Kremlin y su biblioteca personal. Sin embargo, queda todavía mucho material restringido en el archivo presidencial o en los archivos de la НКВД (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) y sus sucesores. Otras biografías recientes en inglés han utilizado también muchas de estas nuevas fuentes, arrojando más luz sobre los primeros años de Stalin, pero el libro de Khlevniuk se aparta de ellas por su marcado antisensacionalismo.

Así como el objetivo de Khlevniuk es rebajar la temperatura polémica, Kotkin intenta reavivar varias controversias a la vez, presentando una serie de argumentos muy discutidos. Según su punto de vista, los biógrafos anteriores han subestimado o interpretado malintencionadamente a Stalin desde los primeros retratos. En 1922, el menchevique Nikolai Sujanov describió a Stalin como un «personaje anodino», una opinión compartida por el marxista franco-ruso Boris Souvarine en su obra de 1935 *Staline: aperçu historique du bolchévisme*; aunque la descripción más conocida es la de Trotski: la «mediocridad

más destacada de nuestro partido». Para Kotkin, esto es «totalmente falso»: lejos de ser una nulidad periférica, Stalin «demostró capacidades organizativas sobresalientes, voracidad por el trabajo, una mente estratégica y una falta de escrúpulos que recordaban a su maestro Lenin». Kotkin también pretende, en segundo lugar, eliminar la idea de que Stalin podría haber sido el producto pasivo de fuerzas sociales o históricas más amplias: al considerarle una mera creación de la máquina burocrática, Trotski «lo entendió exactamente al revés», «Stalin creó el aparato, una hazaña colosal». Al mismo tiempo, Kotkin rechaza la noción de que la trayectoria de Stalin se pueda explicar por factores o patologías psicológicas individuales; enfrentándose aquí a *Stalin as Revolutionary* (1973), de Robert Tucker, que destacaba la influencia formativa del conflicto parental y la identificación con el símbolo heroico de Lenin, y a Robert Conquest, que comparaba al protagonista con «un trol o un demonio vagamente humanoide surgido de alguna esfera o dimensión en la que se aplican leyes físicas y morales ajenas». Para Kotkin, Stalin no representaba ningún tipo de aberración ni psicológica ni ideológica. Al contrario, su lealtad a la ideología marxista es precisamente lo que en su opinión explica gran parte de la trayectoria de Stalin: «El hecho fundamental es que veía el mundo a través del marxismo».

En su conjunto, los razonamientos de Kotkin llevan a un efecto doble muy curioso. Por un lado, reconoce a Stalin sus logros y sagacidad, defendiendo sus credenciales intelectuales del desprecio de la posteridad y reclamando un papel principal en el movimiento bolchevique como el lugarteniente más leal de Lenin. Al mismo tiempo, Kotkin atribuye los errores de Stalin a su visión del mundo basado en las «clases sociales» y describe su estrategia como el desarrollo lógico del pensamiento de Lenin; así reduce en este proceso no solo al bolchevismo, sino también al marxismo, a una «ideología» única que culminó en las brutalidades de la colectivización y, más tarde, en el terror. La admiración por la determinación y la fuerza de voluntad de Stalin se mezcla con la condena de la cortedad de miras de las ideas de las que era cautivo; Kotkin llega en cierta manera a alabar a Stalin con el propósito de enterrar el comunismo (una vez más). Las dos partes de esta empresa dual son suficientemente conocidas una de ellas se apoya en la repetición de clichés de la Guerra Fría, la otra, en estudios académicos más recientes (el *Stalin* de Service es un ejemplo de superventas), que curiosamente coinciden con los nacionalistas rusos en su apreciación de Stalin como un «gestor eficaz». (Sintomáticamente, el índice de Kotkin incluye una entrada de «Stalin, Iósif, hacer las cosas al estilo de»). Como veremos más adelante, estos dos propósitos generales llevan a Kotkin a algunas reinterpretaciones idiosincráticas de los hechos históricos.

Los datos fundamentales de la vida de Stalin son bien conocidos, Khlevniuk y Kotkin ofrecen imágenes similares de los primeros años de

Iósif Dzhugashvili. Nació en Gori en 1878 de padres de origen campesino, aunque ninguno de ellos era analfabeto. El padre de Iósif, Beso, era zapatero: un artesano independiente que, aunque aparentemente próspero durante la infancia de Iósif, pasó por momentos difíciles después y abandonó el pueblo en 1884 para formar parte del creciente proletariado de Tiflis. Para entonces el matrimonio de los Dzhugashvili se había derrumbado; Kotkin describe los arrebatos etílicos y los ataques de celos de Beso y Khlevniuk sugiere que al joven Stalin le pegaban sus dos progenitores. Pero los dos biógrafos insisten en desechar la idea de que tuviera una infancia especialmente dura o traumática. Por el contrario, la madre de Iósif, Keke (según Kotkin, una mujer fuerte y ambiciosa), se desvivía por él y le consiguió una plaza en el seminario ortodoxo de Tiflis. Kotkin relata los coqueteos adolescentes de Dzhugashvili con la poesía y con un nacionalismo georgiano romántico. Pero fueron aficiones pasajeras: en todo momento destaca la influencia orientadora del marxismo en la concepción del mundo de Stalin. Sin embargo, más allá de señalar que «en el marxismo había encontrado su teoría para todo», Kotkin parece resistirse a explorar qué clase de marxismo encontró Dzhugashvili en el Tiflis de final de siglo, o en qué clase de marxista se convirtió Stalin. Describe su «mundo de las ideas» como «carente de originalidad y catequístico», pero estas etiquetas se refieren más a su «materialismo marxista» que a su educación seminarista. Por el contrario, Souvarine señaló la «disposición religiosa» de Stalin, que fue reforzada en el seminario y después «recubierta de una parodia de marxismo que consistía en fórmulas elementales aprendidas de memoria como si fuera un catecismo».

Kotkin describe también a Stalin como un «autodidacta total», que leía vorazmente y mostraba «gran entrega para la superación personal». Pero tal como demuestra el inventario de su biblioteca que hace Khlevniuk, estos hábitos de lectura no se traducían en amplitud intelectual: el grueso de su colección consiste en las obras de Lenin, que se sabía casi de memoria, algunos ejemplares de otros marxistas rusos (incluido él mismo) y unos pocos socialdemócratas extranjeros. El resto lo componen algunos libros sobre la historia rusa prerrevolucionaria y obras de literatura rusa. Frente al internacionalismo de otros destacados bolcheviques, «hay escasa información respecto al conocimiento de Stalin de otros idiomas». Khlevniuk describe el primer contacto de Stalin con el marxismo como «bastante superficial» y se refiere siempre a la «unidimensionalidad» de su concepción del mundo, producto no del «marxismo» como diría Kotkin, sino de «una mente que en muchos aspectos era repulsiva, pero que estaba perfectamente dotada para agarrarse al poder». «Las doctrinas ideológicas» jugaron un papel clave en las acciones de Stalin, señala Khlevniuk, pero «en lugar de recibirlas pasivamente, las adaptó a los intereses de su propia dictadura». (Souvarine, de nuevo, condena con más elocuencia los horizontes intelectuales de Stalin, identificando entre sus

rasgos principales: «un “deseo de poder” desproporcionado respecto al deseo de saber», «un realismo estrecho, eficaz dentro de límites estrictos» y «una falta de apreciación de la teoría o de las ideas generales»).

Khlevniuk y Kotkin ofrecen, por lo tanto, puntos de vista diferentes sobre la formación intelectual de Stalin. El primero destaca su personalidad limitada e instrumental, mientras que el segundo afirma de manera consistente que poseía un alcance mayor de lo que se ha reconocido. La misma inclinación es notoria en el tratamiento que otorga Kotkin a los primeros escritos de Stalin, especialmente a su ensayo de 1913 sobre «la cuestión nacional y la democracia social», el primero que publicó bajo el pseudónimo «Hombre de acero» [Stalin]. Los biógrafos anteriores han solido considerar que esta obra había sido sugerida y diseñada por Lenin, después de que Stalin le visitara en Cracovia a principios de 1913. Isaac Deutscher, por ejemplo, en su *Stalin: A Political Biography* (1949), escribió que «Lenin probablemente le sugirió la sinopsis del ensayo, su argumento principal y las conclusiones». Kotkin rechaza este punto de vista basándose en un artículo de 1994 del historiador holandés Erik van Ree, y afirma que Lenin está «erróneamente acreditado» con haber comisionado el texto, aparentemente: «El artículo de Stalin ya existía en borrador antes de que llegara a Cracovia». Por supuesto, sin conocer cuál era el contenido del borrador no hay forma de medir con certeza la influencia que Lenin tuvo en su redacción final; las fechas por sí mismas no demuestran nada en un sentido u otro. Kotkin admite que el artículo había sido «parcialmente influenciado», pero utiliza la sombra de una posibilidad de que Stalin tuviera un pensamiento independiente para hacer una reivindicación mucho mayor, buscando colocarle al mismo nivel que Lenin como pensador sobre este tema en concreto. Así, aunque Lenin pueda haberse «considerado a sí mismo uno de los máximos expertos del partido sobre asuntos nacionales», en Cracovia «Dzhugashvili le sorprendió con su propia obra sobre las nacionalidades». Kotkin va más allá: «Los escritos de Stalin sobre las cuestiones coloniales y nacionales son anteriores a los de Lenin». Aquí, de nuevo, el caso parece basarse en la cronología más que en el contenido; la sustancia real y el impacto más amplio de los escritos de ambos se dejan de lado, lo cual es comprensible desde la perspectiva de Kotkin, ya que, si se tomaran en cuenta esos factores, la desigualdad de la comparación resultaría evidente.

Otra conclusión recurrente en la biografía de Kotkin es que Stalin no fue una «figura accidental elevada por las circunstancias». Lenin propuso a Stalin para el Comité Central en 1912 por su probada capacidad de organización, y tras su retorno del exilio siberiano en 1917 este se convirtió en «una voz poderosa de la propaganda bolchevique» gracias a su papel de coeditor de *Pravda*. Kotkin destaca sus editoriales incendiarios en apoyo de la línea de Lenin y señala que estaba «profundamente implicado en todas las

discusiones y acciones en el círculo medular del liderazgo bolchevique» en la preparación de la Revolución de Octubre. Khlevniuk también describe a Stalin como «uno de los aliados más cercanos de Lenin a partir de 1912». Pero presta mayor atención a las divergencias entre Stalin y Lenin a lo largo de 1917 y en especial a sus dudas sobre la insurrección armada. A Khlevniuk le entusiasma menos la prosa de Stalin («Le faltaba talento para crear consignas inspiradoras») y aunque rechaza la idea de que Stalin jugara una parte insignificante en la revolución, tampoco sugiere que tuviera un papel destacado. En cierto sentido, el punto de vista de Khlevniuk es, en realidad, más consistente con el relato que Kotkin quiere presentar sobre el subsiguiente ascenso de Stalin: si ya era una figura central en 1917, su creación de un núcleo de poder en el aparato del partido resulta un logro menos formidable. También es difícil encajar la afirmación de Kotkin de que Stalin levantó la máquina del partido desde la nada, con su propia descripción de Sverdlov como el «hombre indispensable de la organización», que proporcionó a Stalin «una formación en la construcción de partidos». Lo que Kotkin describe en realidad no es tanto la construcción de un partido, sino su transformación, bajo el dominio de Stalin, en una burocracia ramificada que se cohesionaba por lazos de clientelismo.

Khlevniuk considera que la guerra civil tuvo un impacto decisivo y deformante sobre el naciente régimen bolchevique, señalando que «moduló el nuevo Estado y determinó fundamentalmente su trayectoria». Para Kotkin, al contrario, «el camino hacia la dictadura comenzó mucho antes de la guerra civil, de hecho, el impulso dictatorial fue una causa del conflicto armado». A la inversa, la guerra civil «no fue algo que deformara a los bolcheviques: les formó, de hecho les salvó del dadaísmo y de caer en el olvido de 1918». Sin embargo, en ambos libros el relato de las acciones de Stalin en Tsaritsin anuncia mucho de lo que iba a llegar en la década de 1930. Enviado a asegurar la defensa de la ciudad en mayo de 1918, Stalin procedió a potenciar la Checa contra «los contrarrevolucionarios», celebrando juicios espectáculo y ejecutando a decenas de prisioneros que habían sido retenidos durante meses en una barcaza infecta en medio del Volga. El terror se dirigió principalmente contra los exoficiales zaristas dentro de sus propias filas, lo que tuvo consecuencias militares desastrosas y llevó a enfrentamientos con Trotski. Stalin rechazó poner freno a su búsqueda de «enemigos de clase», ignoró las continuas órdenes del Comisario de la Guerra y se dedicó a intrigar contra él; fue reclamado del frente en octubre y la defensa de la ciudad se colocó en otras manos. «En Tsaritsin —escribe Kotkin— quedó en evidencia la personalidad de Stalin: partidario furibundo del pensamiento de clase y autodidacta; obstinado e irritable; atento a las lecciones políticas, pero ignorante de las técnicas militares». Pero en lugar de atribuir el caos sembrado en Tsaritsin al propio Stalin, Kotkin lo considera una parte

integral de la visión del mundo bolchevique, que Stalin estaba simplemente transfiriendo de la teoría a la práctica. (Por qué no ocurrió lo mismo con los otros comandantes del frente bolchevique, supuestamente comprometidos con la misma ideología, es algo que Kotkin no llega a aclarar). Khlevniuk, aunque no es menos hostil con los bolcheviques, está más dispuesto a reconocer diferencias entre ellos, señalando por ejemplo que «Trotski adoptó una postura implacable respecto a los sucesos de Tsaritsin», describiéndolos como «un ejemplo peligroso de acción carente de restricciones».

Las ganas de exonerar a Stalin y al mismo tiempo incriminar a los bolcheviques son también evidentes en el tratamiento de Kotkin de la guerra polaco-soviética. Señala que Stalin era en principio escéptico ante el desencadenamiento de una ofensiva y defiende el movimiento fallido de tomar Leópolis (de nuevo contraviniendo directamente las órdenes) aduciendo que *no* tomar la ciudad «parecía estúpido». Tras la guerra, se queja Kotkin, Stalin fue «convertido en chivo expiatorio por insubordinación» mientras que otros ocultaron los errores que habían provocado de verdad el desastre. Sin embargo, la versión de Khlevniuk difiere totalmente de casi todos los elementos de esta. La insistencia de Stalin en el hecho de que él siempre había exigido precaución era simplemente falsa: su telegrama a Lenin del día 24 de julio de 1920 presupone la victoria sobre Polonia y se regocija de las futuras insurrecciones en Hungría y Checoslovaquia. Su ansiedad por capturar Leópolis estaba en gran parte motivada por su propia inseguridad como comandante militar y contribuyó directamente a la derrota. Y Lenin, lejos de negar su papel, tal como señala Khlevniuk, «aceptó la responsabilidad personal de una gran parte de los cálculos estratégicos fallidos». Kotkin parece extrañamente dispuesto a aceptar el intento de Stalin de desviar las culpas, lo que Khlevniuk, de manera más razonable, interpreta como «un ataque preventivo característico».

Pero con mucho el elemento más tendencioso del relato de Kotkin es su tratamiento de los últimos escritos de Lenin y las tensiones crecientes entre él y Stalin en los últimos meses de su vida. El documento que llegó a conocerse como «El testamento de Lenin», dictado en diciembre de 1922, incluía el conocido veredicto mordaz sobre Stalin que, tal como afirmaba su autor, «tras convertirse en secretario general ha concentrado en sus manos un poder sin límites y no estoy seguro, si será siempre capaz de utilizar ese poder con suficiente prudencia». Una adenda de principios de enero de 1923 iba todavía más lejos: describía a Stalin como «demasiado tosco», un defecto «intolerable para un secretario general», y sugería que «los camaradas piensen en la forma de quitar a Stalin de ese puesto». Kotkin discute la autenticidad no solo del testamento y la adenda, sino también de las «Notas sobre la cuestión de las nacionalidades» en las que Lenin criticaba «las prisas de Stalin y su encaprichamiento con la pura administración».

Todos estos ejemplares, defiende Kotkin, eran falsificaciones, producidos en febrero-marzo de 1923, pero datados antes; mantiene que «las pruebas existentes apuntan a una maniobra de Krupskaya y el personal del secretariado de Lenin para falsificar lo que interpretaron como el testamento de Lenin».

¿Cuál es la evidencia en que se basa esta afirmación y por qué la hace Kotkin? Al apoyarse en las lagunas existentes en los archivos estenográficos conservados en el despacho de Lenin y en la ausencia de manuscritos originales, la evidencia es, como mucho, «circunstancial», tal como llega a admitir él mismo, aunque esto no le impide etiquetar los documentos como falsificaciones palmarias. Todavía es más extraordinario que Kotkin dependa, para elaborar su argumento, de un solo elemento de investigación académica: «*Politicheskoe zaveshchanie*» *Lenina* (2003), de Valentin Sajarov. Kotkin saluda el «desafío incisivo contra la sabiduría convencional» de Sajarov sobre los últimos escritos de Lenin. Lo que no menciona es que el libro de setecientas páginas de Sajarov es un texto descaradamente estalinista, que critica la preponderancia de interpretaciones trotskistas «antibolcheviques» y su «infiltración» (interesante elección léxica) en la historiografía mundial. Sajarov se ha mostrado igualmente claro sobre sus simpatías en todas partes: en un artículo de 2007 se refería a la «campana difamatoria desenfrenada contra Stalin» de Jrushchov, y en 2010 escribió páginas y páginas negando la responsabilidad de la URSS en la masacre de Katyn.

Como mínimo, parecería adecuado observar con cierta precaución los motivos de Sajarov. Khlevniuk, por ejemplo, elude esta rama concreta del revisionismo, observando que no dispone de «pruebas reales, más allá de la asunción de la infalibilidad de Stalin»; «no hay duda de que Lenin tomó medidas contra Stalin durante las últimas semanas de su vida activa». Añade que «la evidencia más fuerte de la autenticidad de la correspondencia dictada por Lenin de este periodo es que ninguno de los camaradas de Lenin, incluyendo al propio Stalin, tenía ninguna duda sobre ella». El propio Kotkin acepta este último punto; sin embargo, está decidido a discutir la autenticidad del testamento, aparentemente por dos razones. Una es que, al igual que Sajarov, tiene mucho interés en quitar importancia a cualquier distanciamiento entre Lenin y Stalin. En toda una serie de asuntos vitales (la arquitectura federal del Estado soviético, el comercio exterior, la cuestión de Georgia) Kotkin intenta minimizar las divergencias entre ellos, presentando a Stalin como un leninista leal y las posiciones de Lenin como falsificaciones de Krupskaya o productos de la imaginación de Trotski. El propósito ideológico es suficientemente obvio: si los desacuerdos reales entre Lenin y Stalin se suprimen, la línea que va de la Revolución bolchevique al terror estalinista puede ser dibujada con mucha más nitidez.

La segunda razón por la que el testamento juega un papel tan central en el relato de Kotkin es que sus repercusiones políticas son cruciales para

su explicación de la naturaleza del estalinismo. Según su teoría, el dominio del secretario general fue modulado por una combinación paradójica de tremendo poder y la persistente amenaza de que le echaran: un «binomio supremacía-inseguridad». De hecho, aunque Kotkin señala los rasgos psicológicos individuales de Stalin («afable pero reservado, encantador pero fingido, solícito pero severo, sociable pero malévol»), concluye que estas características fueron en gran parte provocadas por un entorno hostil. La «hipersusplicacia al borde de la paranoia era fundamentalmente política». Parece que, para Kotkin, las incertidumbres legadas por el testamento de Lenin tuvieron una influencia decisiva en la dictadura y fueron agravadas por lo que denomina la «paranoia estructural» de la visión del mundo bolchevique. Aquí de nuevo el impulso parece consistir en trasladar los defectos de Stalin a otros.

Kotkin lleva a cabo una serie de maniobras en su tratamiento de la contribución de Stalin a la cuestión nacional. Tras haber intentado en un principio inflar la categoría de sus escritos prerrevolucionarios sobre el tema, Kotkin pasa a afirmar que Stalin «comprendía cabalmente toda una serie de cuestiones relativas a la Eurasia rusa», que le distinguía del resto de los líderes bolcheviques, que aparentemente no conocían el imperio más allá de la Rusia europea y Ucrania. Esto le colocaba en una buena posición para manejar el encargo de las nacionalidades que le fue asignado en 1917. El sistema federal que surgió del Imperio zarista fue, de acuerdo con Kotkin, «uno de los éxitos asombrosos de la construcción del Estado bolchevique». Pero, basándose en el relato revisionista de Jeremy Smith en *The Bolsheviks and the National Question* (1999), cree que la teoría más conocida del proceso debe ser invalidada: Stalin no fue el «archicentralizador» que se ha pretendido y Lenin no fue un «federalista auténtico». Sin embargo, el relato de Kotkin no aporta una base suficiente para sostener esa opinión. Stalin, escéptico inicialmente con el federalismo, había comenzado en 1918 a apreciar su valor como una concesión necesaria a las fuerzas nacionalistas locales a lo largo de Eurasia, pero su preferencia se decantaba por un Estado unitario con autonomía para las diversas nacionalidades: el proletariado ruso jugaría un papel tutelar sobre los pueblos «atrasados» del imperio. Lenin «rechazó la idea de un Estado unitario», porque prefería una solución federal; pero solo por una cuestión de conveniencia táctica, de acuerdo con Kotkin, que desdenna sus crecientes preocupaciones acerca del chovinismo de la Gran Rusia. Sorprendentemente, a Khlevniuk también le cuesta captar las cuestiones de principio que están en juego, afirmando que «es difícil establecer el motivo de la postura de Lenin».

La arquitectura nacional soviética fue en la práctica un compromiso entre dos visiones: un sistema nominalmente federalizado, con las autonomías nacionales alojadas en su interior, gobernado por un partido carente en

absoluto de vocación federal. Por supuesto, Stalin fue quien dictó el margen de maniobra del que disponían las «nacionalidades» y, tal como reconoce Kotkin, se dejó llevar por un estatismo centralizador implacable al doblegar a Georgia en 1921 y, dentro de la Rusia soviética, poner freno a las autonomías que él mismo había diseñado, empezando por Baskiria en 1920. Pero a partir de ahí, Kotkin modifica las reglas del juego: los papeles de Lenin y Stalin cambian con respecto a los territorios *fuera* del antiguo Imperio de los Romanov. Alega que «Stalin fue el centralizador potencial en Eurasia, pero Lenin fue el centralizador globalmente». Cuando el primero defendía una confederación en lugar de la incorporación de cualquier Estado revolucionario que surgiera en Europa, Kotkin afirma que Lenin tildó la idea de «chovinismo» y defendió una federación mundial con «una economía mundial centralizada dirigida desde un único organismo». Pero esta última cita viene de los recuerdos de Stalin, tres años más tarde, del «Borrador de “Tesis sobre las cuestiones nacionales y coloniales”» de Lenin, de junio de 1920. Lo que de verdad escribió Lenin es bastante diferente. No se refirió a una economía mundial centralizada, supervisada por un Gosplán planetario, sino «a una economía mundial única regulada por el proletariado de todas las naciones como un todo integral siguiendo un plan común». También describió la federación como «una forma transitoria hacia la unidad completa de la clase trabajadora de las diferentes naciones», dejando claro que solo preveía un Estado global único en el horizonte temporal más lejano.

Además de destacar la capacidad práctica de Stalin, Kotkin insiste en repetidas ocasiones sobre la importancia de sus contribuciones intelectuales, empeñado en demostrar que Stalin no solo poseía la astucia que se le reconoce, sino una comprensión auténtica de los asuntos teóricos complejos. Este argumento queda debilitado de alguna manera cuando Kotkin señala que su «obra principal» de 1924, *Los fundamentos del leninismo*, fue plagiada en su totalidad: aunque también en esto Stalin mostró aparentemente «diligencia e incluso un juicio sólido: eligió un texto excelente». (Cuando Filipp Ksenofontov, el verdadero autor, protestó, fue destinado a un trabajo en Taskent; podemos imaginar cuál habría sido su destino si esto hubiera ocurrido una década más tarde). El surrealismo aumenta cuando Kotkin defiende que «El socialismo en un solo país» de Stalin fue «la segunda obra importante» que lo mostró como un «pensador geoestratega precoz» preocupado por «la creación de una geopolítica marxista viable». Kotkin insiste: el texto ha sido «malinterpretado», lo único que Stalin defendía era que podría suceder que el socialismo triunfara en un solo país *al principio*. De nuevo en este caso, Kotkin parece pasar por alto el texto real, un laberinto dialéctico que defiende primero una postura y después la contraria sin el más mínimo reparo. También hace la estrambótica afirmación de que Stalin «consiguió un gran logro ideológico al relacionar la revolución con la

guerra, en lugar de solo con la clase», como si no hubiera existido ya toda una teoría marxista dedicada precisamente a esa relación.

Kotkin es igualmente poco fiable en lo que se refiere a las implicaciones en la política exterior del pensamiento geoestratégico de Stalin. Lo cataloga como un defensor entusiasta de la revolución en Alemania en 1923, mientras que Khlevniuk señala que Stalin tenía muchas reservas sobre este tema, tildando a la izquierda del KPD (Partido Comunista de Alemania) de «los más peligrosos para nosotros». Khlevniuk considera que las declaraciones de Stalin sobre Alemania son «frases vacías, un guiño a la ortodoxia marxista» y describe su postura en política exterior de «prudencia relativa». En cuanto a la estrategia soviética hacia China, Kotkin no echa la culpa de los desastres de 1927 a ningún error de cálculo o miopía por parte de Stalin, sino a «la camisa de fuerza marxista leninista» que «combinaba el antiimperialismo con el anticapitalismo».

El punto culminante del libro de Kotkin es el viaje de Stalin a Siberia en enero de 1928, considerado como el momento en el que se decidió el giro hacia la colectivización. Para Kotkin el cambio de estrategia fue «sísmico», especialmente porque «de hecho Stalin atacaba su propia postura». ¿Qué fue lo que provocó este cambio radical? Por un lado, Stalin se enfrentaba al mismo dilema que Stolypin, y optó por «la estrategia diametralmente opuesta: la aniquilación del pequeño terrateniente rural para favorecer a las granjas de propiedad y trabajo colectivo». Kotkin considera la colectivización como la culminación lógica de la visión del mundo bolchevique en la esfera agraria. Pero cuando otros miembros del partido se aferraban a la prolongación de la Nueva Política Económica (NPE), solo Stalin «conectó los puntos ideológicos». Sin embargo, para Kotkin, los analistas anteriores que han interpretado la colectivización como una especie de necesidad histórica para la industrialización están «totalmente equivocados». La colectivización solo podía ser considerada necesaria en un régimen comprometido dogmáticamente con el anticapitalismo. Otros países que adoptaron la senda hacia la «modernidad» lo hicieron lanzándose en los brazos de los mercados: la Italia fascista, por ejemplo, demuestra que «el capital privado y la dictadura son totalmente compatibles». Kotkin descarta los desacuerdos sobre la industrialización de los últimos años de la década de 1920 («un debate llamativamente estrecho en el que las opciones importantes fueron descartadas») para reivindicar que no era posible ninguna senda no capitalista distinta a la escogida por Stalin. Una vez que el bolchevismo había limitado su propio radio de posibilidades, solo Stalin poseía la determinación necesaria para conseguir culminar el proceso. «Stalin no flaqueó ante la rebelión, la hambruna masiva, el canibalismo, la destrucción de la ganadería del país y la desestabilización política sin precedentes». Kotkin cierra el volumen al

estilo de un gurú de la autoayuda nietzscheano, con la siguiente frase: «La historia, para lo mejor y para lo peor, la hacen los que nunca se rinden».

El tratamiento de Khlevniuk de esta situación crítica es de nuevo mucho más equilibrado en su conjunto. Describe las divisiones sobre el cambio de rumbo dentro del Politburó y el partido y considera los bandazos de Stalin hacia una colectivización obligada y rápida como un intento de destruir lo que quedaba de la dirección colectiva de la década de 1920 y a la vez un intento de resituar el marco ideológico del país para llegar a una configuración nueva, apartada de los compromisos de la NEP y dentro de un conflicto continuo con los enemigos internos. Lejos de representar la única senda factible, como afirma Kotkin, la colectivización de Stalin no era la única forma de colectivización posible. Khlevniuk señala que en 1930, cuando el impulso a la colectivización ya había comenzado, el Comité Central intentó modificar la estrategia visiblemente desastrosa de Stalin exigiendo un ritmo más lento, solicitando el freno a la utilización de la represión y atacando la confiscación total de la propiedad de los campesinos. Stalin rechazó estas ideas y, por el contrario, aceleró el ritmo y el castigo, eligiendo «la que para él personalmente era la senda más sencilla y más segura, por muy ruinosa que pudiera ser para el país». Khlevniuk estima que la hambruna de 1932-1933 mató a un total de entre cinco y siete millones de personas a lo largo de la URSS, incrementando la estimación de R. V. Davies y Stephen Wheatcroft de 5,7 millones entre 1930 y 1933 en *The Years of Hunger* (2004), el estudio más aceptado de la agricultura soviética a principios de la década de 1930. Aunque cita el impacto profundo de las malas cosechas de 1931 y 1932, Khlevniuk mantiene que la causa fundamental de la hambruna fueron las políticas aplicadas por Stalin. Pero de nuevo en este caso la colectivización por sí sola no determinó la escala de la magnitud de la mortalidad: «Fueron las decisiones tomadas por Stalin en 1932 y 1933 –el rechazo a recortar las exportaciones de grano o la negativa a la adquisición de ninguna partida del extranjero, así como la aceleración de la industrialización en detrimento del campo– las que, en lugar de aliviar la tragedia, la empeoraron».

La biografía de Khlevniuk se centra, sobre todo, en el periodo posterior a 1930, proporcionando un retrato de Stalin durante los años de su dominio sin oposición. En todo momento, el principal propósito de Khlevniuk es eliminar cualquier vestigio de duda respecto del papel prominente de Stalin: «No hay constancia de una sola decisión importante tomada por alguien que no fuera Stalin. No hay ni siquiera constancia de un periodo breve en el que no ejercitara un control dictatorial». Por ejemplo, ningún analista serio ha cuestionado que fuera Stalin el que inició el Terror, que Khlevniuk define como una «tarea altamente centralizada» dirigida bajo dos rúbricas: «elementos antisoviéticos» y «nacionalidades». En conjunto, las dos campañas tuvieron como resultado la detención de 1,6 millones de personas en

1937-1938, de las cuales casi 700.000 fueron fusiladas. Khlevniuk encuentra pruebas documentales de que Stalin no solo puso en marcha el proceso, sino que siguió su avance desde muy cerca: exigiendo al NKVD que se centrara en unas regiones en especial, sugiriendo las pruebas que debían inventarse para algunos detenidos específicos, leyendo y respondiendo a los informes de los interrogatorios. «Den una paliza a Unshlikht por no delatar a los agentes polacos de cada región», instruía al NKVD en abril de 1938; «Valter, un alemán. Den una paliza a Valter» les dijo ese mismo septiembre. Las anotaciones proporcionan un eco siniestro de su famoso discurso de 1931 en el que se refirió a la Rusia vencida en repetidas ocasiones por su retraso («Apaleada por los kanes mongoles. Apaleada por los gobernadores otomanos. Apaleada por los señores feudales suecos»).

¿Cuáles fueron las motivaciones de Stalin para desatar esta ola de violencia? Como señala Khlevniuk, aunque puede que en parte se diseñara para barrer a la vieja guardia bolchevique e instalar a una generación nueva y más maleable, el hecho de que no se limitara al aparato del partido-Estado demuestra que sobrepasó esos motivos instrumentales. Se refiere a transcripciones de los discursos y comentarios de Stalin de 1937 y 1938 (disponibles solo recientemente de forma completa) para dibujar una imagen de su creciente paranoia y de su furia. Estos escritos y declaraciones «excepcionalmente enrevesados e incoherentes, están plagados de referencias a conspiraciones y enemigos omnipresentes». Quizá la característica más interesante del análisis de Khlevniuk es la relación que establece entre el ritmo creciente del Terror y el aumento de las tensiones internacionales, en particular el desarrollo de la guerra en España. Como señala Khlevniuk, la expresión «quinta columna», acuñada en 1936 por el general nacionalista Emilio Mola, se adoptó rápidamente en el léxico soviético y Stalin se convenció de que las derrotas republicanas estaban motivadas por los saboteadores. En febrero de 1937, poco antes del Pleno del Comité Central donde Stalin presentó su famosa propuesta «Medidas para la liquidación de los trotskistas y otros traidores», envió un telegrama a los representantes soviéticos en Valencia y Madrid con consejos para el mando republicano: «El Estado Mayor y otros mandos deben ser purgados completamente de los especialistas antiguos que sean incapaces de entender las condiciones de la Guerra Civil y, además, no sean fiables políticamente». Aunque Khlevniuk no lo dice, el pensamiento de Stalin en este caso representa una repetición chocante de su breve dictadura en Tsaritsin; pero esta vez sus efectos se hicieron sentir en todo un país.

El análisis de Khlevniuk de la Segunda Guerra Mundial es de nuevo firmemente antirrevisionista. No hay «una base firme para revisar la teoría tradicional que señala que Stalin se comportó de manera fatalmente indecisa e incluso ofuscada ante la creciente amenaza nazi» antes de 1941. En los

primeros días de la guerra propiamente dicha, estaba «frenético, confuso e irritable», intentando aparentemente «deshacerse de las zonas del oeste de la URSS a cambio de una tregua». Khlevniuk presenta una narración de la guerra que deja claro los constantes errores estratégicos de Stalin, que resultaron muy costosos en términos de vidas y territorio. Hasta finales de 1942, de acuerdo con Khlevniuk, Stalin no comenzó a consultar de manera regular a su Estado Mayor y hubo que esperar hasta 1943 (después de Stalingrado, después de Kursk) para que empezara a aprender de sus errores estratégicos. Mientras tanto, había promulgado medidas brutales contra su propio pueblo: en agosto de 1941, por ejemplo, declaró ilegal ser apresado por el enemigo y en 1942 ordenó la creación de «unidades contra la retirada» con la tarea de ejecutar sumariamente a los «instigadores de pánico y a los cobardes».

La exposición de Khlevniuk del nuevo alineamiento geopolítico que comenzó a surgir durante la guerra es breve y bastante insulsa, caracterizada por una ecuanimidad aparente que esconde más de lo que revela: «La intensificación del conflicto entre los Aliados fue alimentada por la total incompatibilidad de sus sistemas, su ambición de expandir sus esferas de influencia, los resentimientos mutuos provenientes de los años anteriores a la guerra y una necesidad compartida de tener un enemigo extranjero». Pero al contrario de muchos análisis liberales occidentales de la Guerra Fría, describe bien la continua «precaución y pragmatismo» que moduló la política exterior de Stalin, de Europa del Este a China. «Durante los años de la posguerra —observa Khlevniuk— se comportó con Occidente de manera similar a como lo había hecho con la Alemania nazi antes de la guerra», prefiriendo «las maniobras entre bambalinas a la confrontación directa». Lo mismo hizo en otros escenarios. Como muestra Khlevniuk, el «conservadurismo» de Stalin fue especialmente evidente en el trato con Mao, cuya visita a Moscú consiguió retrasar con una excusa tras otra hasta que la victoria del Partido Comunista Chino en 1949 le obligó finalmente a abandonar al Partido Nacionalista Chino (más de dos décadas después de la debacle de 1927).

La Segunda Guerra Mundial también trajo consigo el comienzo de un liderazgo colectivo embrionario cuando los miembros del Politburó recibieron tareas específicas y considerable libertad de acción. En los años de la posguerra, como explica Khlevniuk, Stalin maniobró para reafirmar su mandato total, cambiando de destino a los mandos y relegando a figuras prominentes como Molotov. Las campañas antisemitas de finales de la década de 1940 fueron también en parte un intento de consolidación ideológica del modelo diseñado en la década de 1930, al movilizar a la sociedad soviética contra un enemigo nuevo. Sin embargo, en los últimos días de Stalin surgiría un liderazgo colectivo que dirigió el interregno tras su muerte con lo que Khlevniuk considera una fluidez llamativa, en contraste con las intensas luchas por el poder que se desarrollaron en los años 1953-1956. La nueva

«oligarquía», como él la denomina, actuó rápidamente para llevar a cabo reformas que «cambiaron de manera fundamental el régimen soviético», haciéndolo «menos brutal y más previsible y flexible». «La dictadura como forma de gobierno en la Unión Soviética había recibido un golpe mortal del que nunca se recuperó». Sin embargo, Khlevniuk termina el libro con un aviso premonitorio. Los desajustes sociales que acompañaron al colapso soviético han alimentado la «añoranza de una utopía social», procurando, según él, un suelo abonado a los intentos de rehabilitar el pasado estalinista. «¿Podría realmente darse el caso de que Rusia en el siglo XXI esté en peligro de repetir los errores del siglo XX?».

¿Cómo deberíamos evaluar estas dos biografías? Como hemos visto, son opuestas no solo en términos de los argumentos que presentan, sino también en su estilo y la calidad de su análisis. Khlevniuk ofrece una síntesis sobria basada en el conocimiento cercano de las fuentes primarias. Claro y conciso, su relato se preocupa más de las maniobras políticas del periodo que de las ideas o principios que estaban en juego y el resultado, a veces, es un poco árido. Quizá el defecto principal del libro es su relativa brevedad: una elección deliberada, está claro, pero que obliga a la omisión de muchos episodios en los que Khlevniuk podría haber sido un guía juicioso. No presenta ninguna revelación sorprendente sobre Stalin, ni como persona ni como político; en ese sentido, aunque la biografía, desde luego, es «nueva», la mayor parte de ella nos confirma las ideas previas sobre una figura conocida.

Kotkin escribe con un estilo más belicoso, salpicado de argot gubernamental y lugares comunes incongruentes («vecindario difícil», para referirse a la situación geopolítica de Rusia; Stalin «era, a pesar de todo su mal humor, una persona del pueblo»; «Eurasia necesita ser entendida geográficamente»). El estilo del libro refleja en parte la ambición de Kotkin de capturar a un público amplio y conseguir mayor relevancia pública: recordemos los orígenes del proyecto en la idea de su agente. Quizá viene de ahí también su incesante naturaleza polémica, que lanza proclamas tendenciosas casi en cada una de sus novecientas cincuenta páginas. Aunque en el comienzo promete que «este libro evitará saltos especulativos o lo que se conoce como rellenar los huecos existentes sobre la vida de Stalin», gran parte del mismo se dedica fervientemente a hacer precisamente eso. *Stalin: paradoxes of power* opera sin duda en una escala mucho más amplia que ningún intento anterior, aunque esto se debe en gran parte al hecho de que partes significativas del mismo no tratan sobre Stalin en absoluto. Al insistir en que «más que la de ninguna otra figura histórica, incluso Gandhi o Churchill, una biografía de Stalin [...] llega a parecerse a la historia del mundo», Kotkin suspende frecuentemente la narración durante muchas páginas para desplazarse de Moscú a Turkestán, de Versalles a Londres,

de Berlín a Shanghái. No está claro, sin embargo, que esta hipertrofia otorgue a los lectores muchos conocimientos adicionales sobre Stalin. También podemos preguntarnos si Kotkin nos está contando algo fundamentalmente nuevo. Muchas de sus afirmaciones clave se derivan de la obra de otros analistas, tal como reconoce al principio. Además de la dudosa contribución de Sajarov, y de la de Jeremy Smith y Erik van Ree sobre la cuestión nacional, sus conclusiones se basan en Aleksander Ostrovski sobre el joven Stalin y en Francesco Benvenuti, que por lo visto «demostró la debilidad política de Trotski ya durante la guerra civil rusa».

Kotkin no ofrece ningún descubrimiento erudito auténtico y su tratamiento a menudo retuerce las pruebas para que encajen en sus propósitos, que tampoco pueden ser considerados originales. El peso de la obra de Kotkin, tal como hemos visto, reside en localizar las raíces de la dictadura de Stalin no en un rasgo siniestro de su personalidad, sino en patologías más amplias atribuidas al bolchevismo. Para Kotkin, no fue ni la experiencia de la guerra civil ni las deformaciones heredadas del zarismo lo que explica el molde autoritario del régimen soviético; fue en realidad el producto de la ideología bolchevique. Stalin simplemente «intensificó la locura inherente al leninismo». El ardiente deseo de Kotkin de atacar a Lenin (hay un punto revelador en el índice: «Lenin, Vladimir, fanatismo de») le lleva ocasionalmente a distorsiones llamativas, como cuando afirma que «Lenin no sabía nada sobre la agricultura rusa»; quizá olvidando las trescientas páginas dedicadas a la misma en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. También dirige considerable ira verbal hacia Trotski: «incesantemente condescendiente», «se pasaba de listo», «no el líder que la gente pensaba que era, o que Stalin resultó ser». Estos ataques se conjugan con un antiintelectualismo compartido por otros biógrafos de Stalin, en el caso de Kotkin, acompañado por la admiración por las cualidades prácticas de Stalin («Machacó cabezas y trajo el orden»). Aunque el deseo de identificar a Stalin como el legítimo heredero de Lenin sea un tópico de la Guerra Fría (no es casual que el libro cuente con los cálidos respaldos de John Lewis Gaddis y Richard Pipes), el menosprecio hacia Trotski facilita el conocido propósito de eliminar rutas socialistas alternativas a la que tomó la URSS desde la mitad de la década de 1920 en adelante. Kotkin sostiene que «en último término, la principal alternativa a Stalin fue el abandono voluntario o el desquiciamiento forzado del régimen bolchevique». Si Stalin representa el único comunismo viable, hablar de otras posibles formas de gobierno soviético es un engaño y la elección queda clara: capitalismo o estalinismo.

La certidumbre de Kotkin de que el comunismo no estalinista era inviable puede estar influenciada por su experiencia en la Rusia de la década de 1980. Llegó a Magnitogorsk por primera vez en 1987, cuando el sistema industrial construido por Stalin había comenzado su declive final. La huella

impactante de los últimos días de la URSS es también evidente en la actitud desdeñosa de Kotkin hacia el fenómeno de la política de masas: el fermento revolucionario de 1917-1918, como se ha dicho, es etiquetado de *dada*, y nos asegura que «la revolución no viene de las muchedumbres decididas en las calles, sino del abandono del orden político existente por parte de la élite». Kotkin no considera la posibilidad de que lo uno pueda llevar a lo otro. Es parte de una ceguera más general hacia lo social. Por ejemplo, no está dispuesto a considerar el carácter fundamentalmente sociológico del argumento de Trotski de que Stalin fue obra de la burocracia del partido; una afirmación apenas desmentida si apelamos a la voluntad de poder individual de Stalin, como si él no representara fuerzas sociales o grupos de interés. Tampoco Khlevniuk tiene mucho interés en la dimensión social del dominio de Stalin, ya que en la conclusión del libro comenta de pasada que «concurrieron muchos factores para dotar de cohesión a la sociedad soviética y promover el apoyo al régimen»; aunque solo nombra dos de ellos, «el miedo perpetuo» y «los mecanismos “positivos” de manipulación social». En otras palabras, en ambos casos falta el sentido de la base real del sistema soviético, la complejidad viva de una sociedad entera transformada por la revolución, la guerra y las convulsiones de la Gran Ruptura sin las que la historia del poder de Stalin pende en un vacío histórico.

El desdeñamiento de lo social es especialmente revelador dada la insistencia de Kotkin de que «la historia mundial está impulsada por la geopolítica», que provoca la pregunta obvia: ¿qué impulsa a la geopolítica? Ninguno de los dos libros se interesa especialmente por este asunto, aunque Khlevniuk destaca el impacto de la interrelación entre los factores internos y externos en los acontecimientos soviéticos. El sentido de Kotkin de la geopolítica está, al contrario, enraizado en una abstracción llamada modernidad, definida como «un conjunto de atributos difíciles de conseguir (producción masiva, cultura de masas, política de masas) que las potencias más grandes dominaron». Los primeros capítulos retratan al Imperio Romanov confrontado con el «imperativo geopolítico» de adquirirlos, presionado por una parte por Alemania y por otra por Japón. Sin embargo, este retrato aparentemente realista de los dilemas del país desaparece del libro después de 1917, como si la URSS no se encontrara con un conjunto equivalente de desafíos estratégicos. No es difícil comprender la razón de esta discrepancia. Kotkin está tan absorto en retratar a la URSS como un actor irracional en el escenario mundial inclinado dogmáticamente hacia la guerra de clases, que cualquier otra motivación de sus acciones queda al margen, como las presiones geopolíticas a las que Stalin o cualquier otro líder soviético habría tenido que responder. Kotkin pone mucho énfasis en el hecho de que la URSS se colocó en una posición «ortogonal respecto a las grandes potencias extranjeras», «simultáneamente participando y buscando derribar el orden capitalista mundial».

Pero sobre esto solo podían echar la culpa a sus propias ideas retorcidas: los bolcheviques «crearon una situación de cerco capitalista y entonces pasaron a comportarse de un modo que complicó su grave situación». Prácticamente no se dice nada sobre la intervención de una miríada de ejércitos extranjeros durante la guerra civil (aunque la ayuda filantrópica de Hoover durante la hambruna del Volga de 1921 se considere digna de atención), mientras que la descripción que hacen los líderes soviéticos acerca de Gran Bretaña como «imperialista» se diagnostica como una repetición de «la conocida anglofobia de la Rusia imperial», como si el Imperio británico solo hubiera existido en sus especiales mentes bolcheviques. Kotkin retrata repetidamente al régimen bolchevique como «estructuralmente paranoico» por estar convencido de estar rodeado de enemigos; sin embargo, describe los movimientos en la década de 1920 de Gran Bretaña y Francia para formar bloques antisoviéticos con los vecinos de la URSS, así como el espionaje y la agitación de Japón entre la población coreana en el extremo oriental de Rusia, así como casos similares.

A pesar de todo el peso que pone en el despiadado enfrentamiento geopolítico, en el relato de Kotkin la URSS de Stalin existe en un vacío geoestratégico. Mientras que la preocupación de Khlevniuk por la reavivada atracción del autoritarismo está dirigida, evidentemente, a un presente dominado por Putin, el tratamiento de Kotkin de la geopolítica podría ser el aspecto de su biografía con mayor resonancia contemporánea: una actitud aparentemente cerril hacia las realidades de la competición interestatal oculta la indiferencia ante las presiones que, de hecho, un grupo de Estados aplica a otro. Una competición implacable contra, por lo menos, la mitad de los competidores. En ese sentido, su trabajo es, en gran medida, un Stalin para nuestra época.